







un París, una metrópoli, gobernada por unos pocos caudillos, y que esparciese su influencia, como un poderoso corazón, por provincia, como un poderoso corazón, por provintodo corazón. El principio vivo penetraba a la comunidad, y cada aldea añadía fuerza al solemne propósito de ser libres. Y aquí tenemos la explicación de un hecho notable en la historia de nuestra revolución: el de la falta de aquella especie de grandes hombres que encontramos en otros países; hombres que por su sola agencia y por sus espléndidas hazanas determinan el hado de una nación. Había demasiada grandeza en el pueblo americano para admitir esta grandeza de caudillos que le hubiese hecho sombra. Y por eso los Estados Unidos no tuvieron libertador ni salvador político. Cierta es que Washington nos procuró grandes beneficios. Pero Washington no fué un héroe, en el sentido corriente de esta palabra. Jamás hablamos de él como los franceses de Bonaparte; jamás dijimos de sus ojos aguileños, de su genio irresistible, como si esto hubiese de traernos la salvación. Jamás perdimos nuestro respeto a nosotros mismos. Sentimos que, bajo Dios, habíamos de ser libres por nuestros propios coraje, energía y saber, bajo la influencia animadora y guiadora de ese espíritu grande y bueno. Washington nos sirvió, principalmente, por sus sublimes cualidades morales. Su gloria fué ser la más brillante manifestación del espíritu que reinaba en su patria, y de este modo llegó a ser un manantial de energía, un lazo de unión, el centro de la confianza de un pueblo ilustrado. En una revolución como la de Francia, Washington no habría sido nada porque hubiera faltado aquella simpatía que mediaba entre él y sus conciudadanos y que era el secreto de su poder. Por un instinto que no marra, llamamos a Washington, con agradecida reverencia, el Padre de su patria, pero no su Salvador. Un pueblo que necesita un salvador, que no posee garantía de libertad en su propio corazón, no está aún preparado para ser libre.»

Hasta aquí Channing, el gran educador norteamericano. Y recuerdo haber leído en alguna parte de las obras de aquel otro gran educador sur-americano, Domingo Faustino Sarmiento, el hombre que acaso ha escrito las páginas más encendidas e intensas que en castellano se escribieran en el pasado siglo—y que son, por consiguiente, desconocidas del gran público en España— algunos conceptos análogos a los de Channing y aun más expresivos, sobre el peligro que para los pueblos tienen los héroes que fácilmente se convierten en tiranos. Porque el libertador, el salvador de un pueblo, fácilmente se hace su opresor.

¿Hace aquí falta un hombre? No, lo que aquí hacen falta son ciudadanos, esto es, hombres. Porque si el hombre es, como enseñaba Aristóteles, un animal político, o sea civil, donde no es ciudadano no es hombre propiamente así dicho. Y es inútil que donde no hay ciudadanos ni ciudadanía donde apenas hay vida civil, es decir, civilización, se pida un hombre.

Ahora bien, lo que hay es que algunos piden, no el hombre, sino el caudillo que ha de repartir después mercedes. Parece lo na-

tural que se pida el hombre, el hombre providencial, el enviado de Dios, por humanismo. Pues no, se pide ese hombre por aquel ya viejo sentimiento entre nosotros, del «agermanamiento», por aquella canina adhesión al caudillo, al jefe, que desde los tiempos de Roma distinguió a los españoles. Esa terrible lealtad no a un principio, no siquiera a una norma de conducta, sino a un cabecilla, disponiéndose a seguirle a donde quiera que vaya!

¡El hombre providencial! Todos los hombres somos providenciales con tal de que creamos en la providencia. Y en todo caso está aquella profunda sentencia de Mrs. Annie Besant que no me cansaré de repetir y dice así: «Muchas gentes desean el triunfo de una buena causa, pero muy pocos se ponen a ayudarlo y todavía menos son los que arriesgan algo en su apoyo.» Alguien tiene que hacerlo; pero ¿por qué he de ser yo?. Es el estribillo de la simpatía pusilánime. «Alguien tiene que hacerlo, ¿por qué no he de ser yo?» es el grito de un buen servidor del hombre, que afronta cualquier peligroso deber. Entre estas dos sentencias median siglos enteros de evolución moral».

Que todos esos que andan repitiendo que nos hace falta un hombre se dispongan a ser hombres ellos. A mí por lo menos no me hace falta un hombre. Lo que nos hace falta a todos es un pueblo. Un hombre, un hombre solo, por grande que fuese, no haría un pueblo, y un pueblo hace algo más que un hombre, algo más que un héroe, hace hombres de sus hijos todos.

Y el disponerse a ser hombre, a ser ciudadano, tampoco es meterse en una atolondrada y espectacular acción de un revolucionarismo estridente y en el fondo puramente literario, no! Hay un pseudo-heroísmo de lengua y de pluma que es mucho más fácil de lo que a primera vista parece. No es ni heroísmo ni hombría correr riesgos innecesarios ni avanzar en la lucha civil a pecho descubierto y a paso gimnástico, así como para impresionar películas, cuando con tal conducta no se ha de conseguir nada efectivo.

No es una obligación del soldado dar sin más ni menos su vida. Al contrario, el deber de un buen soldado puede llegar a ser ahorrar y conservar su vida, y su posición. Es una torpeza que el centinela abandone su puesto por ir a atacar al enemigo. Cada uno debe estar allí desde donde tenga conciencia que ha de hacer obra más eficaz, no obra más espectacular y más teatralmente revolucionaria. El que desde su garita, en lo alto de la torre de atalayá señala donde hay que dirigir los fuegos para apagar los del enemigo no hay porqué se baje de su torre y vaya a exponerse a estos fuegos. Hay aparentes bravuras que no pasan de suicidios.

Y sobre todo no nos hace falta un hombre. Lo que nos hace falta es un pueblo de ciudadanos conscientes de su ciudadanía.

Miguel de Unamuno.

